

último segundo. Para acabar con la vida ¿no hay siempre tiempo? La muerte es el único mal que no tiene remedio.

—Y si el señor de Taunay viene, ¿qué le diré?

—¿Quién sabe si vendrá?

Solange no contestó. El acento de la *Bigornia* la daba que pensar.

Los Tremor y los Souvray estaban allí, á dos pasos, presentes é invisibles... ¿Con qué objeto? ¿A qué ir á aquella casa llena de soldados, de enemigos?

Roman Tremor y Roberto de Souvray odiaban al marqués. Les habia inferido sangrientos agravios.

Se acordaba de la noche en que el conde, consternado, llamó á su puerta en la calle de Provence. Aquella noche, Elena de Rocheville fué sorprendida en pleno baile por inesperada muerte.

A través de las discretas palabras de Roberto comprendió, aunque sin querer profundizarla, parte de la verdad.

En el momento supremo en que debía pertenecer al hombre que habia maldecido tantas veces, que la habia ultrajado, que destruyó todos los honestos y tranquilos goces de su vida, la *Bigornia* le participaba que aquellos hombres, unidos por un odio común, velaban por ella, allí cerca, alrededor de su aposento, la noche de boda; y sintióse poseida de vago, pero punzante terror, cual si tuviera que presenciar desde allí, sin poder evitarlo, una escena terrible, cuyo desenlace no

podía ser sino mortal para unos ú otros.

Hubiera querido impedirlo, sacrificándose ella sola, y no sabia de qué medios valerse.

Mientras que todo eso pensaba, sin apartar la mirada del fuego que ardía en el hogar, la sacó de su abstracción el ruido de la ventana al volverse abrir, y luego el que produjo el choque del cristal contra una piedra.

La *Bigornia* habia lanzado el pomo al cesped, y el frasco cayó á los piés de una estatua de mármol, cuya blancura se destacaba en medio de la oscuridad de la noche.

El cristal se destrozó al dar en el granito del pedestal, y la tierra bebió el veneno.

XXIV

En aquel mismo instante, y en el parque, á la salida de las dependencias, la *Bigornia* vió, á la luz de las antorchas, un hombre que pasaba por allí con la cabeza levantada.

Aquel hombre iba seguido de unos cuantos soldados.

Se dirigían hácia el salón.

Y cuando el hombre pasó, más cerca aún, Simona exhaló un grito salvaje.

Acababa de reconocer á su marido.

—¡Simón!—exclamó.

El se fijó en ella y sonrió.

—¡Era él, él! ¡Prisionero!

Quería comprenderlo todo, y no adivinaba nada de todo aquello.

¡El en poder de los soldados!

¡El, el hombre astuto, el cazador más listo

del mundo, haberse hecho prender en su propio terreno, en su bosque; eso era imposible!

¡Dejarse matar, qué remedio; pero caer, dejarse desarmar por esos zopencos, para que lo arrinconaran á cualquier muro y lo acribillaran á balazos, era increíble!

Como permaneciera inmóvil, palpitante, Solange, que acudió á su grito, la dijo:

—Ven; pediremos su perdón.

—¡Humillarse á esos bandidos!

—Ven,—repitió Solange, llevándola de la mano.

Atravesaron varias habitaciones desiertas, salones y corredores sombríos, donde se sentía un frío glacial.

Cuando llegaron al piso bajo, oyeron gran estrépito, producido por las voces, el ruido de la porcelana, los cristales y botellas que caían al suelo, ó lanzados de un extremo á otro de la mesa.

Acercáronse con precaución.

Todo el servicio se hacía de las cocinas al comedor.

Esta pieza era inmensa; había en ella una estufa rusa, que daba un calor muy agradable.

Solange y la *Bigornia* penetraron en el salón sin que nadie se opusiera.

La gran araña y todos los quinqués estaban encendidos.

Por la espaciosa puerta de dos hojas, las mujeres podían ver el comedor de un extremo á otro.

La mesa estaba puesta, y á ella, sentados,

puestos los codos en el mantel, los oficiales de Von Goeben.

El estado mayor del general había abusado del Champagne, del Oporto y de los vinos españoles, todos exquisitos y abundantes.

La mesa parecía una llanura después del combate.

Entre los victoriosos se encontraban algunos que parecían destinados á dormir en el campo de batalla.

En un rincón, el marqués, sentado aparte, cerca de la estufa, indiferente al espectáculo de su profanada mansión, y mirando con desprecio aquel desorden, esperaba la hora en que su amigo se dignara dejarle en libertad.

De súbito volviéronse todos para mirar á dos soldados que entraban con un prisionero.

El corazón de la *Bigornia* parecía querer salir del pecho.

El prisionero no era otro que Simón, sin armas, sin corbata, con un trapo azul liado al cuello, los cabellos en desorden, y todo él que daba lástima verle.

Permaneció de pie frente al general, con el sombrero bajo el brazo, y esperó.

Paseó una mirada tranquila en torno suyo, estudiando las fisonomías, que examinó con curiosidad; parecía que pensaba:

—«Si estuvieran en el bosque por donde pasaron esta mañana, y yo tuviera mi escopeta, ¡qué día de fiesta!»

Un oficial que llegó de fuera acercóse al general y le habló en voz baja.

—¿Qué deseais?—preguntó en seguida el general al prisionero.

¿Qué deseaba?

Llevar á cabo un acto de heroísmo, sencillamente.

Volviendo por los alrededores de Chevagnes, como un lobo que huele la carne fresca, junto al sitio donde hay corderos, encontró al vaquero de los Tremor, Bidault, convertido en amigo de los alemanes, especie de guía ó de espía, y del cual hacían mal en fiarse.

En apariencia, era imposible hallar otro Judas más completo. El infame daba los informes con cinismo capaz de sublevar las conciencias ménos honradas.

Parecía capaz de vender á sus padres por una miserable cantidad.

Así es que le dejaban, sin temor, circular de un lado á otro.

El vaquero puso á Simon al corriente de lo que ocurría.

Los dos hombres se conocían de larga fecha.

Bidault le participó que las gentes del Priorato, los canteros, los guardas, con Fargeas á la cabeza, estaban apostados alrededor del parque, pendientes de una orden misteriosa; iban á suceder cosas extraordinarias.

Buscaba á los Tremor y los Souvray, para darles una funesta noticia.

Dentro de una hora el padre de los primeros sería fusilado.

É imposible encontrarlos, ni saber qué era de ellos.

Bidault estaba seguro del triste fin que esperaba al alcalde.

El viejo Tremor, encerrado en la cuadra, esperaba su hora postrera con la serenidad del justo.

La sangre de Simon se exaltó.

—¿Sabes dónde está Fargeas?—dijo á Bidault.

—Sí.

—Toma mi escopeta y llévasela. Si aún puede servir, me daré por muy contento. Se me figura que yo la entendería.

—¿Qué vas á hacer?

—Ver á ese prusiano que fusila á los viejos indefensos.

—¿Dónde?

—En el castillo, puesto que ahí está.

—¿Te propones ocupar el lugar del alcalde?

—¿No es preferible que sea yo, y no otro, ya que soy causa...

—¡Simón!

—No intentes detenerme. Está escrito.

Tuvo el valor de reír.

Y repuso:

—Además, no es seguro que yo muera, si es que quieren fusilarme, pues quizá no tengan tiempo. ¿No dices que los otros están ahí, y que van á librar una batalla? Adios.

Le dió la escopeta; sintió pena al desprenderse de ella, y en el último momento la estrechó contra su pecho.

—¡Era una amiga!—dijo.—Recuerdos á todo el mundo.

Y cada uno tomó por su lado.

El vaquero subió una cuesta muy violenta y pedregosa.

El cazador se fué directamente al castillo.

La vigilancia de los centinelas aflojaba algo.

El vino comenzaba á causar sus efectos, lo mismo entre la caballería que entre la infantería.

Consecuente á su proverbial astucia, se deslizó como una anguila entre los macizos, y llegó á las cocheras sin que nadie le detuviese.

—¡Qué desbandada, si entraran por aquí unos quince guardas de verdadero empuje!— pensaba.

Un centinela dormía cerca de un árbol, con el casco apoyado en el cañón del fusil.

Simón le tocó en el hombro.

El alemán se despertó quejándose y medio helado.

—Quiero hablar al general—dijo Simón.

Ni uno ni otro se entendían.

Costóle bastante trabajo al francés que el otro comprendiera, después de animada pantomima, su deseo de ser arrestado.

El centinela llamó á sus compañeros.

De grupo en grupo y después de las explicaciones que fué dando á unos y á otros, y por fin á un oficial, éste original personaje obtuvo lo que pedía.

Por esto era por lo que la *Bigornia* y *Solange* le veían frente á Von Gøben.

El general estaba de buen humor.

Pero todo es relativo.

Así es que el buen humor en el general Von Gøben era, como en los demás, cuando lo tienen pésimo.

Dió un gruñido que equivalía á decir:

—¿Qué pide este animal?

—General—dijo Simón,—¿habeis dado orden de que el alcalde sea fusilado?... ¡Fusilar al alcalde!

Von Gøben lo había olvidado pero el hecho era cierto.

Esas son cosas que no agradan en los momentos de estar haciendo laboriosa digestión.

—¿Qué os importa?

—¿Le condenais porque ha disparado sobre vuestros exploradores?

—¡Acabad!

—No es noble atacar á un anciano que ningún mal ha causado. No ha sido el alcalde quien mató á vuestros dragones en el camino, junto á la *Encina hueca*, en Champignolles y otros parajes.

—¿Quién es, pues?

—Yo lo sé.

—¿Venís á denunciar al culpable?

—No es culpable el que defiende su territorio contra el enemigo que intenta entrar á sangre y fuego en él; mas para hacer justicia á la inocencia del anciano y salvarlo, os entregaré al culpable.

—¿Vos?

—¿Dejais en libertad al alcalde?

—Conforme.

—¿Lo prometeis?

—A cambio del otro.

—¿Me dais vuestra palabra?

—Muy gustoso.

—¡El que se desdice es un cobarde! Aquí le teneis.

—¡Vos!

—Yo. Y os confieso que siento mucho no haber podido echar abajo unos cuantos alemanes más. No es culpa mía. No trato de inspiraros compasión.

El general miró á sus oficiales.

Simón dominaba á todos con su abnegación y su valor.

—¿De suerte que confesais?...—dijo Von Geben.

—Todo. Además, si los del pueblo hubieran querido hablar, hubiéseis sabido que no hay como Simón, el cazador furtivo, para dar semejantes golpes.

Lo mismo se preocupaba el general aquel de la vida de un rústico, que de las botellas vacías que estaban sobre la mesa. Sin embargo, y á pesar suyo, aquel hombre, de aspecto inteligente y mirada altiva, le llegó á interesar.

Pero el general era un cazador furibundo y celoso como un tigre de sus derechos señoriales.

En sus tierras, en sus bosques, era cruelmente severo con los que se atrevían á hacer la guerra á las liebres.

Lo de *cazador furtivo* le indignó.

—¿Sois vos ese Simón?—dijo.

El herrero contestó:

—Sí, general.

—¿De modo que ejercéis tan odiosa profesión?

—Sí, general.

—¿Y os dedicareis también á lacerar?

—Siempre que me acomoda, general.

—Pues bien, amigo mio, no cazareis más; no volvereis á matar liebres ni dragones...

Y dirigiéndose al oficial, que se mantenía de pie cerca de él, esperando sus órdenes, añadió:

—Poned en libertad al alcalde, y que fusilen á este atrevido.

Simón no bajó la cabeza ni se inmutó lo más mínimo.

—¿Ibais esta mañana en vuestro carruaje, general, por el valle de los Patos?

—No conozco...

—Sí, pasásteis por allí. Os tuve muy cerca de mi escopeta. Si hubiese querido dispararla, á estas horas no estaríais bebiendo champagne.

—¿Por qué no quisisteis?

—No valía la pena. Otros se encargarán de eso.

Y añadió:

—Tened cuidado mañana, cuando esteis en camino y atraveséis por el soto.

El general se puso rojo de cólera.

—Lleváoslo—dijo—y ya sabeis...

Simón le dirigió una mirada burlona, y al ponerse el sombrero se lo enseñó á Von Geben, diciéndole:

—Este es el sombrero que asustó á vues-

tros caballos en la Encina Hueca. Buenas noches, general.

Cuando se dirigía hacia la puerta, empujado por los soldados, dos mujeres, la una vieja y jovenla otra, se precipitaron en la sala; la anciana iba mal vestida, y la otra elegante como una duquesa, bella como el amor.

La vieja corrió al encuentro del herrero, separó á los soldados que le rodeaban, y se abrazó á su cuello.

—¡Simón!—dijo—¿qué has hecho?

—Cumplir con mi deber.

—¡Vas á morir!

—Era preciso — murmuró él. — Siempre creí que no moriría en la cama. He matado y me matan. Acuérdate... ¡Haz que me entierren en sagrado; que recen y reces mucho por mí, Simona! No olvides nunca que te he amado como ama un buen marido y un buen hombre. ¡Adiós, fuera debilidades!

Solange se había echado á los piés del general:

—¡Gracia!—dijo sollozando.

Simón exclamó:

—No os humilleis á esta gente, señora. He querido morir. Y muero. Hubiese preferido caer combatiendo; pero no siento dejar la vida. Simona os dirá por qué... ¡Adiós! ¡Bendito el día que seamos vengados!

—¡Llevadme á mí también!—gritó la *Bigornia*. — ¡Yo estaba á su lado en la Encina. En todas partes donde fueron cayendo los vuestros, allí estaba yo con él.

—Está loca, señores—dijo Simón.

—Que la echen de aquí—ordenó el general.—¡Vamos!

Solange se había levantado.

—Esto es horrible—murmuró, enjugando el sudor frío que inundaba su frente.

—¡Es la guerra, señora!—contestó friamente Von Gœben.

Se llevaron al herrero.

La *Bigornia* se agarró fuertemente á su marido; pero él le dijo en voz baja:

—Es preciso vivir; y si mueres, que sea al menos vengándome. Vete, lo quiero.

Entonces ella lo abrazó por última vez, y, echada de allí por los soldados, huyó corriendo loca de dolor.

Empujaron al prisionero hacia la huerta.

Al pasar por las cocheras, vió al anciano Tremor, ya libre, y le gritó con voz segura:

—¡Decid adiós á los amigos!

El viejo conoció aquella voz y lo adivinó todo. Quitóse el sombrero y permaneció descubierta, como si pasara un entierro.

Cuando llegaron á la tápia de la huerta, Simón se colocó junto á ella, con el sombrero en la mano.

Diez hombres se colocaron á quince pasos de él, con el fusil apoyado en el hombro.

El oficial levantó el sable y dió la voz de:

—¡Fuego!

Simón no les miraba. Elevó los ojos al cielo pidiendo á Dios que le perdonara el haber asesinado al guarda.

Cayó muerto.

Los soldados se alejaron riendo.

La *Bigornia*, que había ido allí, se arrojó.

Pero no permaneció así más que un minuto, y emprendió de nuevo su carrera, sin derramar una lágrima; la fiebre quemaba sus ojos.

Solange cayó desmayada junto al general Von Gœben.

XXV

Cuando volvió en sí, se halló en el lecho que había en la alcoba, en su habitación.

No había más luz que la que daban dos velas colocadas en una mesita.

Al principio no se acordaba de nada.

Llevábase la mano á la frente, tratando de coordinar las ideas, y de recordar los sucesos, cuando oyó que pronunciaban su nombre cariñosamente:

—¡Solange!

Ella se volvió.

Oliverio estaba de rodillas á la cabecera del lecho.

Del otro lado, frente á él, un hombre alto y rubio, vistiendo como los oficiales largo capote, estaba de pie.

—Ya pasó—dijo con marcado acento alemán.

Saludó, haciendo una inclinación, y retiróse precedido de un soldado que le aguardaba á la puerta.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Solange.

—El médico del general.

—Pero...

—Habeis padecido un desmayo—dijo el marqués.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! ¡Qué horror! ¿Ha muerto?

—El lo quiso.

—¡Pobre Simón! ¿Y su mujer?

—Ignoro qué ha sido de ella.

—Es preciso averiguarlo, socorrerla.

—Es imposible; estamos encerrados, y no podemos ser útiles á nadie.

Solange se sentó al borde de la cama.

El cuerpo del vestido estaba desabrochado.

Se apresuró á abrocharlo con tales escrúpulos, que esto hizo sonreír á su marido.

Indudablemente, no había vuelto del todo de su estupor, y olvidaba su nueva condición.

Oliverio, siempre de rodillas, la contemplaba con creciente entusiasmo.

Todo su ser vibraba á impulsos de los más vehementes deseos, ante aquella adorable criatura, cuya posesión nadie podría disputarle en lo sucesivo.

—Al fin estamos solos—repuso, llevando, ébrio de pasión, la mano de Solange á sus labios.

Ella la retiró maquinalmente, y contestó:

—¡Ah, sí, solos! Es verdad.

Y paseó una mirada por el cuarto.

—Puedo ya decir os cuanto os amo, Solange.

—¡Qué! ¡Vais á hablarme de amor!

—Sin duda.

—¡Aquí! ¿Frente á la imagen de esa muerta, que nos mira?

Oliverio palideció.

¿Sospecharía su crimen?

Pero en seguida se tranquilizó. Solange no podía saber nada, y seguía diciendo:

—¡A los ojos de esa, cuya tumba puede decirse que acaba de cerrarse!

A medida que iba serenándose, hacíase exacto cargo de su situación.

La escena que había querido evitar á costa de su vida, era la misma que estaba representando.

Estaba en poder de aquel hombre, entre sus manos, le pertenecía en virtud de indiscutible derecho.

Con la astucia de los débiles procuró ganar tiempo.

—¡Oh! Aquí no, es imposible—exclamó.

Y de un salto se lanzó fuera de la alcoba, separando su mano de las de su marido, que abrasaban.

El no se alteró.

El derecho y la fuerza eran suyos; tendría paciencia.

Solange se había sentado junto á la chimenea, con la barba apoyada en la mano y el codo en la rodilla; él acercó despacio un asiento al de ella, y lo colocó á sus piés.

—Comprendo vuestra repugnancia—dijo.

—Si os ofrecí un viaje á Italia, si preparé para vos una *villa*, que habitaremos pronto,

segun espero, y donde disfrutareis de todo lo que puede agradar á una mujer, es porque deseaba llevaros lejos de cuanto pueda recordaros el pasado, lejos de lugares que os atormentan, lejos de mis faltas—añadió mostrándose humilde y dulce,—á fin de que no quede nada en vuestro corazón, ni una sombra, ni la más mínima huella. La fatalidad contraría mis planes. ¿Tengo yo la culpa? ¡Y me haréis justicia, Solange, comprendiendo que he hecho cuanto estaba de mi parte!

—Pero pensad—dijo ella, viéndose perdida—que hablar de ternuras tan cerca de ese paraje donde un hombre acaba de morir, cuando las últimas vibraciones de los disparos que le han quitado la vida resuenan aun en mis oídos, es odioso! ¡Más adelante! ¡Os lo suplico, por piedad! Dejadme. Esta noche nada más, dejadme sola, por favor.

—¿Y me amarás?

—Pues bien, sí. ¡Pero aquí no! ¡Ni tampoco hoy, esta noche! ¡De ningún modo en esta casa, donde la mujer á quien reemplazo me mira de un modo que hiela, que espanta; no puede ser cerca de esa fosa abierta para un desgraciado que se sacrificó por los demás heroicamente! Ni bajo el mismo techo donde habitan esos bandidos, que le han asesinado en lugar de un anciano que nada les había hecho y al cual condenaron. Y os quedaré más reconocida de lo que podeis figuraros. Estoy enferma, impresionada.

El permaneció pensativo. Levantóse, y dió unos paseos por el cuarto.

Sin duda que las razones de Solange podrán parecer falsas. ¡Pero tal noche de boda era horrible!

La muerte estaba allí, bajo sus ventanas. Los alemanes, esos odiosos invasores, ocupaban la casa como dueños. La orgía de los soldados y de los jefes profanaba el castillo y los gritos de la embriaguez llegaban hasta la triste alcoba nupcial.

Mas el marqués, desatinado, estaba ebrio también; pero era de pasión.

En presencia de aquella mujer palpitante, cuya voz era temblorosa, cuyos ojos solo revelaban espanto, cuya resistencia se traslucía tan claramente, Oliverio se preguntaba si la causa de todo aquello era solamente el terror producido por las escenas que acababa de presenciar, ó más bien efecto del no extinguido y antiguo rencor de la mujer ofendida en su decoro, rencor invencible; y, en fin, si el amor de otro hombre, de Román Tremor, no se levantaría entre ellos, como una barrera, para seguirles separando.

Quería saberlo. Los celos destrozaban su corazón.

Y luego, cerca de Solange, no podía dominarse.

Aquella mujer que no pudo olvidar desde el mismo instante en que la conoció, que le recibió en París con irritantes altiveces, que le llevó hasta la locura de hacer de una campesina una marquesa de Tannay, de una pobre, una millonaria, estaba ahora en su poder, quería disponer de ella.

Solange debía comprenderlo así.

El la había pagado cara; y era dueño de disponer de ella á su antojo.

Sabía que el general Von Goeben respetaría aquel abandonado pabellón.

¿Luego qué tenía que temer?

Volvió al lado de Solange, que no se había movido.

—No—dijo,—no quiero concederte lo que me pides. Ceder, fuera darte motivos para que dudarás del amor tan profundo, tan ardiente, que siento por tí y que te he probado. Eres mía. Me perteneces. ¡Ven! ¡Te lo suplico! ¿Qué nos importa el mundo entero? ¿Qué necesidad tenemos de pensar en los demás? ¿A qué ocuparnos de esos insensatos que arriesgan, sin motivo y sin objeto, la vida? De mí sé decirte que no veo otra cosa que tus ojos, que me abrasan; tu cabello, que me embriaga; tu palpitante seno, toda tu persona, en fin, que amo, que adoro, que la deseo, y por la cual destrozaria todo cuanto me sirviera de obstáculo. ¡Ven!

Trató de atraerla.

Ella se resistió: una cruel angustia oprimía su corazón; no sabía cómo rechazarle, y no se atrevía á confesarle su aversión.

Hubiese querido estar muerta, y maldijo á Simona.

Quizá iba á ceder, cuando un violento resplandor penetró de repente en la habitación.

Solange dió un grito, se escapó de sus brazos y corrió á la ventana.

¡Sería el incendio del castillo, lo que pro-

yectaba aquel resplandor siniestro, para que ella pudiese huir de aquel peligro, de aquel odioso amor!

—No es nada—dijo el marqués.

—El pueblo está ardiendo.

—Habrán incendiado unas cuantas chozas. Ya las volverán á levantar. Sed buena conmigo, Solange, y sereis todo lo generosa que os plazca con los demás. Todo os estará permitido, todo, si me amais como yo os amo.

—No abandonemos ahora esta ventana—dijo ella.—Os lo ruego.

El espectáculo era terrible y grandioso.

Era, en efecto, todo Chevagnes, que ardía.

Von Gœben se proporcionaba su hoguera de alegría con petróleo.

Los techos de las casas se hundían.

El Priorato ardía también.

Sólo la iglesia había sido respetada.

Las llamas de los edificios contiguos iluminaban su fachada, y el campanario parecía rojo como una barra de hierro en el yunque...

Solange, muy impresionada, contemplaba aquella destrucción.

El marqués murmuraba á su oído su incesante ruego:

—¡Ven!

Ella se agarraba á la falleba de la ventana, repitiendo:

—¡No!... ¡Aquí, en este aposento, en esta terrible noche, no puede ser!

Al fin, á pesar de su resistencia, él la tomó

en sus brazos, la arrancó de la ventana y la echó en un divan, abatida, sin fuerza, más muerta que viva.

Entonces Oliverio corrió hacia la puerta del salón para cerrarla herméticamente.

En el momento mismo en que ponía la mano en el pestillo, se abrió la puerta.

XXVI

El señor de Tainay retrocedió unos pasos é intentó defenderse.

Pero antes de que tuviera tiempo de hacer un movimiento, dos manos que parecían de hierro, le sujetaron por los puños y le empujaron hácia adentro.

El marqués no trató de resistir.

Con la sangre fría del hombre de mundo, calculó las probabilidades del combate. No tenía ninguna á su favor.

Juan y Román Tremor le apretaban los brazos.

Detrás de ellos se adelantaron dos hombres dispuestos á ayudarlos en caso necesario.

Ya se comprenderá de quiénes se trataba.

Los otros dos se llamaban Hugo y Roberto de Souvray.

Por la abertura de la puerta, el marqués tuvo tiempo de ver un quinto personaje, colocado allí de centinela.

Era La Briseur, el ojeador.

¿A qué, pues, luchar?

Además, lo odioso de un pugilato, de una